

LA NORTEAMÉRICA DE JUSTO.

Juan Manuel Romero (UBA/UdeSA/CONICET)

Abstract:

Este trabajo propone una aproximación a las imágenes argentinas de los Estados Unidos a fines del siglo XIX. En las décadas del cambio de siglo, el conjunto de representaciones relacionadas con Norteamérica adquirió volumen y complejidad. Las antiguas referencias al modelo social e institucional que para una república como la Argentina podía significar el ejemplo estadounidense comenzaron a ser matizadas por las opiniones de viajeros y analistas, que encontraban allí tantas razones para la admiración como para el rechazo. Aquí se analiza la crónica del viaje que el joven doctor Juan Bautista Justo realizó a los Estados Unidos a mediados de 1895, y que fue publicada por entregas en el flamante periódico *La vanguardia*. Se argumenta que las ideas de Justo pertenecen a un contexto más amplio de debates sobre Estados Unidos y se propone su puesta en diálogo con un ensayo de Ernesto Quesada, con el que comparte registro y preocupaciones, a la vez que se destacan los aspectos originales de su enfoque.¹

I

Desde su independencia, los Estados Unidos se convirtieron en un polo de atracción para viajeros de distintas partes del mundo, que encontraron en la nueva república un modelo social y político especialmente novedoso. En diferentes etapas de su historia, Norteamérica fue un espejo en el que intelectuales y políticos encontraron reflejos de los problemas de sus propios países, pretendiendo extraer lecciones útiles de aquella experiencia nacional. El más famoso entre los ejercicios de esta clase fue sin dudas el que Alexis de Tocqueville realizó en *La Democracia en América*.² Enviado por el gobierno francés en misión oficial para estudiar el sistema penitenciario norteamericano, el joven aristócrata analizó en profundidad la vida política norteamericana y a su regreso escribió el influyente ensayo que publicó en dos partes, la primera en 1835 y la segunda en 1840. Su libro tenía la intención de demostrar a sus compatriotas, y en especial a aquellos de su propia familia política -por entonces abocados a la restauración monárquica-, que lo que había visto en su viaje -la

¹ Agradezco los comentarios y sugerencias a una versión anterior de este texto del Dr. Roy Hora y del Prof. Juan Buonome, quien puso a mi disposición algunos de los materiales utilizados aquí.

² De Tocqueville, Alexis, *La democracia en América*, Mexico, FCE, 1957.

revolución social producida en Estados Unidos por el principio democrático-representaba también el futuro de Francia.³

Esa celebrada experiencia sirvió como antecedente para intelectuales, políticos y viajeros americanos, que buscaron en los Estados Unidos un modelo de civilización para las también nuevas repúblicas del continente. Con esas expectativas inició su viaje por el mundo Domingo Faustino Sarmiento, quien en 1847 fue él también un enviado oficial del gobierno de Chile, la patria de sus exilios, con la misión de estudiar los sistemas educativos tanto en Norteamérica como en Europa.

Sarmiento expresó en seguida una fascinación sin concesiones por la vitalidad de la sociedad norteamericana, plasmada en la célebre carta a Valentín Alsina que incorporó en su libro de viajes. Allí, y no en la agitada Europa que “dormía sobre un volcán”, hallaría una imagen del futuro deseable: “Por fin, nos hemos dicho para endurecernos contra los males presentes: la república existe, fuerte, invencible; la luz se hace; un día llegará la justicia, la igualdad, el derecho; la luz del norte se irradiará hasta nosotros cuando el Sud refleje al Norte.”⁴ Su paso por los Estados Unidos dejó una marca indeleble en su ideario, que desde entonces tuvo en aquel país el faro orientador hacia el que debían dirigirse las turbulentas repúblicas americanas.

En el orden político que comenzó a organizarse después de Caseros, entonces, el “modelo” norteamericano se convirtió en una fuente constante de referencias, utilizadas a menudo como argumento de autoridad.⁵ En las últimas décadas del siglo XIX, sin embargo, el complejo de las imágenes que se expresaban en el imponente crecimiento estadounidense se tornó más denso y adquirió matices nuevos y diversos. Así, a la imagen de una experiencia exitosa en materia de diseño institucional, legislación, y sociabilidad política, se le agregaron otras en las que los Estados Unidos representaban característicamente el signo de esos tiempos: la modernidad. Y dicha modernidad fue representada desde posicionamientos ideológicos diferentes, provocando fascinación a

³ Véanse: Schleifer, James T., *Cómo nació La democracia en América de Tocqueville*, Mexico, FCE, 1984; Furet, Françoise, “El nacimiento de un paradigma: Tocqueville y el viaje a América (1825-1831)”, en: Roldán, Darío (coord.), *Lecturas de Tocqueville*, España, Siglo XXI, 2007.

⁴ Sarmiento, Domingo Faustino, “Estados Unidos”, en *Obras Completas*, V, Buenos Aires, Luz del día, 1949, p.334

⁵ La influencia del pensamiento constitucional norteamericano entre los juristas argentinos aparece estudiada en: Miller, Jonathan M., “The Constitutional Authority of a Foreign Talisman: A Study of U.S. Practice as Authority in 19th Century Argentina and the Argentine Elite’s Leap of Faith”, *The American University Law Review*, 46, 5, 1997; y en Zimmerman, Eduardo, “Translations of the “American Model” in Nineteenth Century Argentina: Constitutional Culture as a Global Legal Entanglement”, en: Duve, Thomas (ed.), *Entanglements in Legal History: Conceptual Approaches to Legal History*, Frankfurt, Max Planck Institute for European Legal History (en prensa).

la vez que rechazó.⁶ Más aún, en los últimos años del siglo, y en especial a partir de la Guerra hispano-cubana de 1898, Norteamérica fue identificada con la prepotencia de su política exterior y, en un vasto universo de discursos, comenzó a ser caracterizada como una nueva amenaza para la independencia del continente. Esta última dimensión ha sido clásicamente explorada por la historiografía intelectual, que ubicó allí la aparición de una corriente latinoamericana de discursos antiimperialistas.⁷

En este trabajo propongo una aproximación al complejo de discursos sobre los Estados Unidos que circuló en los medios políticos y culturales argentinos del fin-de-siglo a través del análisis de una imagen de Norteamérica elaborada por Juan Bautista Justo, quien en 1895 publicó por entregas, en el entonces flamante semanario socialista *La Vanguardia*, las crónicas del *tour* que realizó por aquel país antes de su partida hacia Europa.

El breve texto de Justo resulta relevante por distintas razones. En primer lugar, las reflexiones de *En los Estados Unidos* pueden leerse en diálogo con los debates que la Segunda Internacional Socialista comenzaba a presentar sobre las características del capitalismo norteamericano y las consecuencias de ese diagnóstico para la teoría marxista y los programas de la socialdemocracia europea. Por otra parte, Justo realizó el viaje a Estados Unidos y Europa un año antes de la fundación del Partido Socialista Argentino, y es probable que esa experiencia formativa haya inspirado algunos aspectos del programa que su partido comenzó más tarde a defender.⁸ Por último, su texto forma parte de un contexto de discusiones específico: aquél que involucraba distintas imágenes posibles de los Estados Unidos, y convertía al país en modelo o anti-modelo para la República Argentina.

⁶ Un panorama de esas miradas puede encontrarse en: Bruno, Paula, “Estados Unidos como caleidoscopio. Ensayo sobre las observaciones de viajeros y diplomáticos argentinos del fin-de-siglo”, *Revista Complutense de Historia de América*, n° 39 (en prensa, a ser publicado en september de 2013).

⁷ Terán, Oscar, “El primer antiimperialismo latinoamericano”, *En busca de la ideología argentina*, Bs As, Catálogos, 1986.

⁸ En septiembre de 1895, *La Vanguardia* declaraba: “Es indudable que el viaje que acaba de realizar nuestro compañero será de la mayor importancia para nuestra propaganda, pues aparte de ser un viaje de estudio ha tenido ocasión de conocer el movimiento socialista allí donde este asume grandes proporciones”. Según José Aricó, en su viaje, Justo “extrajo conclusiones que indudablemente le permitieron formular una propuesta de socialismo en la Argentina que partía del explícito rechazo de un modelo a imitar.” Aricó, José, *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, p.70. La influencia del modelo norteamericano parece haber sido especialmente significativa en el programa agrario del socialismo argentino. Volveremos luego sobre esto. Véase al respecto: Adelman, Jeremy, “Una cosecha esquivada. Los socialistas y el campo antes de la Primera Guerra Mundial”, en *Anuario del IEHS*, N°4, Tandil, 1989, pp.293-333. De todos modos, y como evidencias las páginas de *La Vanguardia*, los modelos de organización para el movimiento socialista argentino seguían teniendo una referencia privilegiada en los ejemplos brindados por el socialismo europeo –especialmente los casos belga y alemán-.

Fuera de la corriente de denuncias de la política exterior “yanqui” que la historiografía ubicó dentro de la tradición antiimperialista, y lejos también de la crítica culturalista ensayada por otros intelectuales de la época, la crónica de Justo aparece así como una aproximación rica y original. En las páginas que siguen será puesta en diálogo con un ensayo de Ernesto Quesada, con el que comparte ciertos aspectos del registro y de los objetivos. Como otros pensadores del fin-de-siglo, Justo y Quesada vieron en Norteamérica una muestra de los aspectos más distintivos de la modernidad capitalista.

II

El joven doctor Justo dio cuenta de sus impresiones en 19 artículos breves, que ocupaban media página de tabloide del semanario, publicados entre julio y noviembre de 1895.⁹ Cinco años antes había hecho un viaje por Europa, con la intención de profundizar sus estudios médicos. Su nuevo trayecto, en cambio, tuvo un carácter diferente: buscaba tomar contacto con los socialistas norteamericanos y europeos, con la expectativa de obtener así una experiencia útil para su formación política y para el crecimiento de la fuerza en la que ya participaba.

A diferencia de otros observadores contemporáneos, que con distintos recursos literarios realizaron un abordaje impresionista de diversos planos de la realidad norteamericana, Justo construyó su objeto desde la matriz de pensamiento provista por la cultura científica que constituía su principal influencia intelectual. Su procedimiento en el texto es sistemático: recoge información y la exhibe, privilegia la información cuantitativa, y permanece notoriamente ausente como personaje de su crónica de viaje, eludiendo así la también recurrente primera persona de los otros ensayos del mismo estilo. Su análisis comienza significativamente tomando distancia respecto de quienes lo precedieron en el intento por capturar los rasgos característicos de Norteamérica. Su interés no estaba así dirigido al sistema político de aquel país, que, como advierte bien,

⁹ El ensayo fue publicado como libro más tarde en 1898, el mismo año en el que apareció la traducción que Justo hizo de *El Capital* de Karl Marx. Otras aproximaciones al viaje de Justo pueden encontrarse en: Cúneo, Dardo, *Juan B. Justo y las luchas sociales en Argentina*, Buenos Aires, Alpe, 1956; Prislei, Leticia y Patricio Geli, “Apuntes de viaje: Juan B. Justo en los Estados Unidos”, *Entre pasados. Revista de Historia*, Año VI, n° 11, Buenos Aires, fines de 1996; Viñas, David, *Viajeros argentinos a Estados Unidos*, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2008 [1998], Merbhiláá, Margarita, “Representaciones finiseculares de los Estados Unidos en el socialismo argentino: los tempranos diagnósticos de Juan B. Justo y Manuel Ugarte”, *A Contracorriente*, Vol. 9, N°1, Fall 2011.

fue en primera instancia lo que suscitó la atención de los teóricos. Éstos, según sancionaba Justo bajo el influjo de August Comte, “no habiendo salido aún del período metafísico, eran muy dados a estudiar constituciones”.¹⁰ Su mirada se dirigió, en cambio, en sintonía con registros más habituales en la literatura sociológica de su tiempo, sobre la sociedad, sus relaciones económicas, y las consecuencias políticas y culturales de éstas. Esa perspectiva de fuerte impronta economicista, que coloca al desarrollo capitalista mundial como la clave explicativa privilegiada en su análisis, era ratificada por Justo, que hacía explícita la naturaleza de su disenso con las interpretaciones precedentes. En ellas, el rotundo desarrollo económico norteamericano había sido erróneamente explicado por el beneficio de las buenas leyes:

Pero ese crecimiento ha coincidido con el rápido desarrollo de la industria y del comercio universales, bajo la influencia del vapor y de las máquinas. Estos, pues, han sido en realidad los principales factores del rápido aumento de las riquezas en los Estados Unidos.¹¹

Luego de un siglo de historia, Norteamérica reclamaba de nuevo la atención del mundo. Pero no ya por la grandeza de sus instituciones republicanas y democráticas, sino porque allí, más que en ninguna otra parte, podía apreciarse el espectáculo de su corrupción y degradación. Es a partir de ese diagnóstico negativo que Justo se propuso el estudio del pueblo estadounidense cuya vida, según afirmaba, “tiene el valor de un experimento”¹²

A pesar de participar de un proceso de desarrollo global, la historia norteamericana se distinguía, de todos modos, como un recorrido singular en ese curso, lo que la dotaba de especial relevancia e interés. La sociedad se había desarrollado allí sin la herencia que cargaban los pueblos de Europa, las trabas feudales y el militarismo, y sus clases dirigentes no compartían los vicios que se hacían patentes en los pueblos sudamericanos, como la incapacidad económica y el faccionalismo. A diferencia de lo que sucedía en la Argentina, además, los inmigrantes que poblaban las “clases inferiores” no se encontraban allí excluidos del “organismo político”. Estas singularidades hacían de Norteamérica el país modelo del desarrollo industrial, en inmejorables condiciones para aumentar su prosperidad material. Sin embargo, desde la

¹⁰ Justo, Juan B., “En Los Estados Unidos (1)”, *La Vanguardia*, julio de 1895.

¹¹ *Ibidem*

¹² *Ibidem*

perspectiva de Justo, por estas mismas razones, la irracionalidad de las fuerzas económicas era una fuente de conflictos que comenzaban a hacerse evidentes a los ojos de los observadores.

Si esa prosperidad está ahora matizada con miseria, si el desorden y la anarquía han hecho su aparición en la sociedad americana si se notan en ella signos de regresión hacia un tipo social inferior, si en ciertos otros sentidos presenta una falta de desarrollo, el origen de todo eso tiene que estar en que el sistema industrial muy adelantado ya no está en armonía con las instituciones vigentes, ni con el nivel intelectual y moral de la población, y exige perentoriamente en ellos un adelanto proporcional.

Es en Norte-América donde el capitalismo se desarrolla hoy más grande y más libre. Es aquí, pues, donde conviene estudiar su evolución.¹³

Las opiniones de Justo acerca del creciente defasaje entre los niveles de crecimiento económico y la adecuación de las instituciones y la cultura, sería también habitual entre otros intelectuales para caracterizar las consecuencias que tuvo en la Argentina el proceso de modernización. Y la mirada pesimista volcada hacia las capacidades de la cultura norteamericana, que el viajero exploraría en mayor profundidad hacia el final de su recorrido, lo acercaba a las críticas realizadas, desde otras corrientes de ideas, por figuras como Rubén Darío, Paul Groussac, y José Enrique Rodó.

Luego de revelar en la primera entrega cuáles eran las principales claves de su análisis, y de ofrecer una sintética descripción geográfica -entrada canónica en los ensayos de este estilo-, Justo desarrolló en los artículos consecutivos una explicación sobre las que en su opinión constituían las singularidades del caso norteamericano.¹⁴ En el gran territorio de los Estados Unidos, los colonos dispusieron de una enorme abundancia de tierras, que pudieron utilizar en su propio provecho. En consecuencia, el trabajo individual y la escasez de brazos habían puesto a los Estados Unidos a la vanguardia de la innovación técnica, generando una inédita organización de la industria.

¹³ Ibidem

¹⁴ Un año antes del viaje de Justo, en 1893, en las Exposiciones Universales de Chicago, el historiador norteamericano Frederick Jackson Turner leyó frente a la American Historical Association su célebre tesis sobre "The significance of the frontier in American History". Turner, Frederick J., *History, Frontier, and Section: Three essays*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1993. Una interpretación de esas tesis y de su recepción puede encontrarse en el clásico: Hofstadter, Richard, *Los historiadores progresistas*, Buenos Aires, Paidós, 1970.

Los niveles de actividad comercial que Justo advirtió en su visita a algunas de las principales ciudades -Nueva York, Chicago, Boston- requerían sin embargo de una ratificación más objetiva, que el analista pasaba a exhibir sin demoras, luego de afirmar que “[...] a este respecto, las cifras estadísticas enseñan más que todo lo que uno puede ver visitando las ciudades y recorriendo el campo.” Los datos desplegados en esos artículos servían así al autor para respaldar la hipótesis que ubicaba a los Estados Unidos en la cima del desarrollo capitalista. Allí eran mayores que en Europa los niveles de organización, de desarrollo técnico y de productividad individual. Pero también allí se hacían más presentes que en ningún otro lado los vicios de un sistema gobernado por fuerzas irracionales y anárquicas: la ausencia de trabas políticas a la competencia estaba generando en Norteamérica un proceso de concentración económica potenciado por la introducción del ferrocarril, cuyas consecuencias Justo estudiaba con especial interés.

Mientras hubo para todo el mundo la posibilidad de trabajar con provecho, mientras las empresas industriales y comerciales fueron de proporciones moderadas, la competencia, aun bajo el régimen de la propiedad privada de los medios de producción, tiene que haber sido benéfica. Pero en la época de los ferrocarriles y de las grandes ciudades, a medida que ha avanzado la centralización, el individuo ha podido menos en la lucha con las grandes empresas, la guerra entre estas ha sido cada vez más destructiva y violenta, y la ‘libre competencia’, en otro tiempo un elemento de libertad y de progreso, ha pasado a ser un agente de atraso y opresión.¹⁵

Esa concentración aniquilaba las posibilidades de los artesanos y los pequeños productores y daba lugar a la aparición de un actor económico nuevo, los *trust*, que Justo trataba a través de una breve reseña de la historia de la Standard Oil Company, pero que detectaba como una realidad presente en la mayoría de los sectores de servicios.¹⁶ La formación de monopolios y la concentración de la economía se traducían además en una creciente desigualdad en la distribución de las riquezas. Para Justo, Estados Unidos confirmaba así las predicciones de Tocqueville, quien había advertido en la formación de una aristocracia industrial los límites posibles de la extendida igualdad que caracterizaba al país. Según las conclusiones extraídas por el argentino del

¹⁵ Justo, Juan B., “En Los Estados Unidos (3)”, *La Vanguardia*, julio de 1895

¹⁶ Justo, Juan B., “En Los Estados Unidos (5)”, *La Vanguardia*, agosto de 1895

análisis del censo de 1890, la sociedad norteamericana estaba dividida en tres clases desigualmente pobladas -una mayoría de clase trabajadora, una clase media compuesta por pequeños propietarios, y una minoría en cuyo poder se encontraba cerca del 70% de las riquezas del país-. En este aspecto, la sociedad norteamericana no parecía distinguirse de las europeas.

Justo ofrecía también una imagen de las “grandes fortunas”, tomando de periódicos locales algunas biografías de los millonarios que, como Carnegie, Gould, Vanderbilt o Rockefeller, comenzaba a convertirse en un tipo social representativo.

La clave científicista que atraviesa el análisis de Justo, se distingue por su estilo y objeto de otros relatos de viajeros. Las pretensiones comparativas de su ensayo eran en cambio un rasgo típico, y ubican su texto en sintonía con el conjunto de analistas argentinos de la vida norteamericana. En efecto, muchos argentinos creyeron como Justo que “[n]uestro punto de mira principal han de ser países semejantes a éste, por su extensión, por la clase de su población, y por sus partidos, por sus prácticas políticas y sociales en general.”¹⁷

III

Las reflexiones sobre Estados Unidos que Ernesto Quesada volcó en su ensayo *Dos Novelas sociológicas*, comparten con las crónicas del redactor en jefe de *La Vanguardia* la preocupación economicista por el desarrollo capitalista y sus consecuencias en la vida social. Ernesto conocía también los Estados Unidos: en distintas ocasiones había visitado allí a su padre, Vicente Gaspar Quesada, quien, a lo largo de la década de 1880, ocupó cargos diplomáticos de importancia. Padre e hijo reflexionaron recurrentemente acerca de la sociedad norteamericana, elaborando opiniones ambivalentes, que oscilaron entre el rechazo de una sociedad orgullosa,

¹⁷ Justo, Juan B., citado en: Adelman, Jeremy, “Una cocecha...”. Una expresión similar, que evidencia la importancia otorgada al ejemplo norteamericano en otras zonas del medio político argentino, puede apreciarse en una de las cartas de 1906 que Carlos Pellegrini envió al diario *La Nación*, siguiendo el ejemplo de las notas sobre Inglaterra publicadas por Hipolite Taine en *Le temps*: “Para un argentino que viaja por los Estados Unidos, todo lo que ve y observa provoca inmediatamente un juicio comparativo entre este pueblo y el nuestro. Es que estamos examinando lo que reputamos nuestro modelo: es que nuestro ideal nacional es ser mañana lo que este pueblo es hoy, y ocupar algún día, en el planeta, la situación que él ha conquistado ya; e instintivamente examinamos en todas sus manifestaciones de progreso y de grandeza el medio y forma en que se ha realizado, para fijar la distancia que nos separa aún de nuestro ideal, la causas de nuestro retardo, y los medios y modos de reaccionar, para acercarnos con la mayor rapidez al fin anhelado”. Pellegrini, Carlos, *Obras Completas*, VIII, Buenos Aires, Coni, 1941, p.423-424.

materialista, e individualista, y la admiración de su grandeza política y económica. Tuvieron también intervenciones relevantes acerca de los riesgos de su política exterior.¹⁸

El artículo de Quesada fue publicado por primera vez a fines de 1891 en la *Revista Nacional: Historia americana, literatura y jurisprudencia*, dirigida por el historiador Adolfo Carranza, reproducido luego en el diario *Tribuna*, y editado finalmente como libro un año más tarde por la casa de impresiones de Jacobo Peuser. El texto estaba dedicado a la crítica de las novelas *La Bolsa*, de Julián Martel, y *Quilito*, de Carlos María Ocantos. A partir de ellas, el autor ofrecía una elaborada interpretación de la crisis argentina de 1890, que era explicada en sus rasgos generales como consecuencia natural del tipo de desarrollo económico que tenía lugar en el país. Para fundamentar esos argumentos, Quesada recurría al ejercicio comparativo, resaltando los aspectos que vinculaban la experiencia argentina y norteamericana. Esa operación aparecía justificada por una serie de presupuestos teóricos explicitados por el autor: Argentina era un “país nuevo”, por lo que las leyes que regían su desarrollo eran distintas de las que habían moldeado, en la antigüedad y en los tiempos modernos, la vida europea. En ese sentido, el antecedente estadounidense -la “hermana del norte”- ofrecía un prisma más apropiado desde el cual comprender la realidad local:

En la época contemporánea, vale decir, de un siglo a esta parte, el mundo ha presenciado ya análogo fenómeno en los Estados Unidos de la América del Norte, y si bien la maravillosa evolución política, social y material de aquel país, por tantos conceptos digna de los espíritus observadores, aún no ha terminado, y no pueden por ello en rigor científico considerarse comprobadas las leyes que hasta ahora parecen gobernar su desarrollo, no lo es menos que dicha evolución está próxima a tocar su fin, y que sin demasiada presunción pueden darse por aceptadas algunas de las leyes históricas hasta hoy claramente definidas.¹⁹

¹⁸ Para un acercamiento de conjunto puede verse: Buchbinder, Pablo, *Los Quesada. Letras, ciencias y política en la Argentina, 1850-1934*, Buenos Aires, Edhasa, 2012. Sobre las concepciones de Vicente Quesada remito a: Scarfí, Juan Pablo, “La emergencia de un imaginario latinoamericanista y antiestadounidense del orden hemisférico: de la Unión Panamericana a la Unión Latinoamericana (1880-1913)”, *Revista Complutense de Historia de América*, nro. 39 (en prensa, a ser publicado en september de 2013).

¹⁹ Quesada, Ernesto, “Dos novelas sociológicas”, *Revista Nacional: Historia americana, literatura y jurisprudencia*, Año VI, Tomo XIV, N°61, junio-diciembre de 1891, pp.100-154. Las páginas indicadas en adelante corresponden a la edición: Quesada, Ernesto, *Dos Novelas Sociológicas*, Buenos Aires, Urbanita, 2010, p.23

La de Estados Unidos era entonces, según Quesada, “una civilización que presenta fenómenos distintos a los que registra la historia, y que se ha ido desarrollando según leyes *sui generis*”.²⁰ Eran esas mismas leyes las que explicaban la crisis Argentina, que era así apartada de la coyuntura y del pesimismo de las interpretaciones de algunos contemporáneos. La bolsa no era la causa última de los males sino un instrumento necesario de las economías modernas, que debía ser mejor regulado por las políticas estatales. La crisis era en realidad el resultado esperable del crecimiento Argentino, como revelaba el antecedente de las crisis financieras norteamericanas -en particular la de 1844-, que habían provocado la ruina de algunos con la misma facilidad con la que creaban las fortunas de otros.

Para el autor de *La deuda argentina*, de esas experiencias debían extraerse lecciones –“no sólo para salvar nuestros malos pasos, sino, lo que es más importante aún, para evitarlos en el futuro”-.²¹

(...) la República Argentina ha comenzado ya a recorrer esa vía; se encuentra lanzada con empuje. Está recién en los comienzos y puede decirse que está en vísperas de renovar la marcha ascendente de su hermana del Norte. No cabe la mínima duda de que dada la analogía de antecedentes y circunstancias, han de producirse igualmente análogos fenómenos, y que ellos, como es natural, han de ser regidos por idénticas leyes.²²

Pero ¿en qué medida podían aplicarse los mismos criterios? Sin duda, la trayectoria de ambos países presentaba algunas diferencias destacables. Quesada describía con lirismo el carácter grandioso de la geografía americana, opuesta en esto a la del viejo continente, y la aventura de la colonización:

Los países de enorme extensión territorial y de tenue población civilizada, abiertos de una manera inopinada al movimiento universal, fueron puestos en contacto con las viejas naciones, escasas de tierra y pletóricas de habitantes. [...] la tierra inmensa, gratis, o casi gratis, fértil hasta lo fabuloso, con todos los halagos de la vida independiente y generosa, tenía que ejercer una

²⁰ Ibidem, p27

²¹ Ibidem, p.32. Quesada consideraba también pertinentes los casos neozelandés y australiano, que comentaba sintéticamente, a partir de fuentes de segunda mano.

²² Ibidem, p.31

fascinación sobrehumana, irresistible, abrumadora, y devorar millones tras millones de seres, como el Maëlstrom implacable absorbe sobre los navegantes que penetran en su radio de atracción.²³

Ejecutando una variante de los clásicos temas positivistas, afirmaba además la potencia transformadora del medio, en el que “el europeo mismo, al pisar el suelo, se transforma, y encuentra [...] un estímulo desconocido que agiganta su espíritu, que imprime vigor a su cuerpo atrofiado por el atavismo de tantos siglos”. La interacción entre el medio y la población europea que llegó como parte del impulso colonizador, dando origen en Norteamérica a las figuras del *pioneers* y *squatters*, produjo para el autor de *La época de Rosas* la creación de una nueva raza, con “calidades de energía casi salvaje”, que “todo lo quiere grande, pronto, espléndido”.²⁴

El carácter de la inmigración que recibían ambos países marcaba una primera diferencia significativa entre ambos casos. La Argentina no había recibido flujos de inmigración constantes y en aumento con intensidad similar a la que había tenido lugar en América del Norte. Como resultado, los “elementos” recibidos por la Argentina eran de inferior calidad. Por otra parte, al momento de recibir estas corrientes, Estados Unidos contaba ya con importantes núcleos de población y de riqueza. Argentina, en cambio, despoblada y pobre, no pudo utilizar “sus propios elementos” y debió endeudarse con los países europeos, cayendo así presa de “mercaderes y judíos”. Estados Unidos parecía haber resuelto además “el problema político”, el de “organización social”, y gozaba de un funcionamiento constitucional admirable.²⁵

Esas virtudes norteamericanas estaban contrastadas sin embargo con algunos aspectos menos tranquilizadores. A pesar de tratarse para Quesada de una “sociedad sin clases”, comenzaban a observarse allí los antagonismos entre el capital y el trabajo. Las huelgas se habían multiplicado, y aumentaba la presencia amenazante del anarquismo, el socialismo y el nihilismo, aquel “cáncer incurable que devora a la Europa” del que los Estados Unidos habían parecido estar a salvo. Existía además otro peligro, que era consecuencia de la aparición de la clase de millonarios que Justo retrataba a través de biografías: la plutocracia. Pero las proyecciones de Quesada eran optimistas. Estados

²³ Ibidem, p.24

²⁴ Ibidem, p.27 Se trata de la inversión de algunos motivos elaborados por algunos filósofos y naturalistas europeos de la ilustración, que otorgaban al medio del continente americano cualidades degenerativas que atrofiaban la naturaleza y deterioraban a las razas europeas. Al respecto puede verse: Roger, Phillippe, *L'enemie américain. Généalogie de l'antiaméricanisme français*, Paris, Seuil, 2002.

²⁵ Ibidem, p.45

Unidos tenía los elementos necesarios para “curarse” y protegerse de la amenaza socialista. La plutocracia, por su parte, constituía un riesgo necesario a la vez que salvable. Retomando aquí la famosa argumentación que Andrew Carnegie expuso en su “evangelio de la riqueza”, en 1889, Quesada consideraba que las grandes transformaciones que generaban bienestar material eran en definitiva la obra de las grandes fortunas, y si éstas eran bien dirigidas por hombres virtuosos, los resultados podían ser estupendos.²⁶

IV

Las interpretaciones de Justo y Quesada, formuladas en un lenguaje familiar, diferían sin embargo en el signo del diagnóstico, que en el primero era a la vez más ambiguo y oscuro. Para el joven médico argentino, la gloria pasada del pueblo norteamericano quedaba opacada en la nueva etapa del capitalismo monopólico. Ya fuera esta interpretación producto de su mayor clarividencia o de los preconceptos implícitos en su acercamiento ideológico, lo cierto es que ella lo ponía en sintonía con una extendida sensibilidad crítica que campeaba en Estados Unidos en la década de 1890.

¿Qué oportunidades veía Justo para la victoria de las fuerzas socialistas? La situación de la clase trabajadora estadounidense ostentaba también ella un carácter singular. La original escasez de brazos y la intensa maquinización de la economía habían producido un piso salarial relativamente alto, que el viajero mesuraba con especial cuidado. Sin embargo, aunque los salarios eran en Estados Unidos superiores en promedio a los europeos, la relación entre éstos y los extraordinarios niveles de riqueza alcanzados en el país era notablemente desproporcionada. Los trabajadores norteamericanos vivían de ese modo “pasablemente bien”, a juzgar por su capacidad de consumo y a pesar del alto costo de la vida.

²⁶ Ibidem, 93. Carnegie, Andrew, “Wealth”, *North American Review*, CXLVIII, 1889, pp.653-664. Quesada no cita ese famoso texto de Carnegie, pero en el mismo pasaje hace referencia a su anterior *La democracia triunfante*, que fue publicado en Buenos Aires en 1888, en una traducción de Clodomiro Quiroga encargada por Sarmiento. A pesar del corolario optimista de sus reflexiones, Quesada cita también en esta parte al exitoso ensayo *Progress and Poverty*, publicado en 1879 por el economista y político estadounidense Henry George. Aunque la obra sólo tuvo traducción castellana a mediados del siglo XX, sus ideas acerca de la concentración de la riqueza y la formación de una clase de rentistas parasitarios, parecen haber tenido una difusión significativa entre intelectuales y dirigentes argentinos. Es posible que el contacto con la obra se haya dado a través de su original edición norteamericana, y presumiblemente también a través de una temprana edición francesa de 1887. Las ideas George tienen también resonancia en los énfasis del ensayo de Justo aquí reseñado.

En esta parte de la crónica, el panorama optimista que ofrecían los números era contrastado con imágenes más negras: la cantidad de niños y mujeres que participaban en pésimas condiciones de la industria revelaba la cara más primitiva del mercado laboral, al tiempo que la masa creciente de desocupados era para Justo un indicio de la irracionalidad del sistema -“la existencia de una enorme multitud de *tramps* (vagos) ha sido en los últimos tiempos uno de los rasgos más característicos del país”-.²⁷ Además, el avance de la maquinización expulsaba mano de obra de las industrias productivas, orientando ese flujo de brazos hacia ocupaciones menores y parasitarias.

En suma, la situación de la clase trabajadora norteamericana le resultaba a Justo en cierto sentido paradójica:

Cuán lejos están los trabajadores de muchos países, entre ellos la República Argentina, de vivir como estos obreros norteamericanos. Y, sin embargo, cuán lejos están estos mismos de una vida de abundancia, regular y segura.²⁸

La vida económica norteamericana era caótica e inestable, y estaba periódicamente sacudida por violentas crisis. Lejos de la pretendida autonomía, los Estados Unidos se encontraban atados a las fluctuaciones del mercado internacional, a lo que se agregaban las características propias de su capitalismo, generador de crisis de un nuevo tipo, como consecuencia de la especulación financiera y de la búsqueda de dinero fácil.

Las conclusiones de Justo se separaban aquí de las formuladas por Quesada, para quien Estados Unidos respondía a leyes históricas *sui generis*, y quien señalaba las limitaciones de aquellos que buscaban comprender esa experiencia nacional desde esquemas europeos. Por su parte, Justo, que en su exposición recurría repetidas veces a la comparación con Europa, escribía no sin ironía que si el desorden y la inestabilidad “fueran siempre los caracteres de las sociedades viejas, habría que reconocer que la libre competencia industrial, bajo el régimen de propiedad privada de los medios de producción, han hecho envejecer pronto a la sociedad norteamericana.”²⁹ Lejos de la sociedad sin clases que imaginaba Quesada, el capitalismo, que había desarrollado allí una enorme capacidad productiva, había generando también una brecha profunda entre las distintas clases y sus intereses. De ese modo, la perspectiva asumida por Justo para

²⁷ “En Los Estados Unidos (3)”, *La Vanguardia*, septiembre de 1895

²⁸ Justo, Juan B., “En Los Estados Unidos (10)”, *La Vanguardia*, agosto de 1895.

²⁹ Justo, Juan B., “En Los Estados Unidos (11)”, *La Vanguardia*, septiembre de 1895.

comprender las crisis se distanciaba de la lógica explicativa utilizada por Quesada. Según el socialista, no faltarían quienes vean en éstas

el resultado de una sabia ley, que somete a los fenómenos económicos, como a los de la vida, a un ritmo. Pero no pueden pensar así los millones de trabajadores que, a cada depresión industrial, se ven privados de trabajo, su única fuente de subsistencia.³⁰

Por otra parte, la concentración del capital tenía como consecuencia el incremento de las huelgas -que pasaron de contarse en una cifra a las casi cinco mil por década, en el curso del siglo- y su intensificación. Las huelgas ferroviarias llamaron especialmente la atención de Justo, que vio en ellas la patente expresión de la lucha de clases. También aquí sus opiniones se separaban del optimismo de Quesada: Estados Unidos era un país sin tradiciones ni instituciones capaces de mitigar el antagonismo social, y la respuesta represiva y disciplinadora de las clases dirigentes sólo podían acentuar el carácter clasista de los reclamos. Si en Filadelfia, Boston o en Nueva York -concluía Justo delineando una imagen potente y sugestiva- el héroe de los ricos seguía siendo el prócer de la independencia, en la Chicago obrera, en cambio, lo era el gendarme cuya estatua se alzaba como advertencia para los pobres.

Sin embargo, ese aumento de la conflictividad social no era suficiente, a ojos de Justo, para augurar el avance del socialismo. Si los Estados Unidos se destacaban por el vigor de su vida económica, se encontraban en cambio atrasados en el plano intelectual. Allí, en contraste con el siempre presente ejemplo alemán, la cultura se encontraba a la zaga del desarrollo industrial. Las razones que el viajero ensayaba para explicar dicho atraso eran fundamentalmente dos.

En primer lugar, la actividad productiva y comercial resultaba demasiado absorbente, habiendo alentado principalmente el desarrollo de habilidades prácticas y

³⁰ Justo, Juan B., "En Los Estados Unidos (12)", *La Vanguardia*, septiembre de 1895. Justo difería aquí tanto del diagnóstico de Quesada como de las tesis sobre la excepción del caso norteamericano que más tarde elaboró el sociólogo alemán Werner Sombart, en el difundido ensayo *¿Por qué no hay socialismo en los Estados Unidos?*, publicado originalmente en 1906 en los *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, de su colega y amigo Max Weber. Allí, Sombart desarrolló un argumento en el que contrastaba el desarrollo capitalista en los Estados Unidos y los países europeos. Según su perspectiva, a pesar de existir en Norteamérica diferencias sociales significativas, los trabajadores gozaban allí de un nivel de vida de excepción, disponían de derechos políticos igualitarios, y el proceso de expansión de la frontera había difundido además la expectativa de las posibilidades del progreso individual. De todos modos, en sus conclusiones, Sombart adelantaba también que esas condiciones que obturaban en los Estados Unidos el desarrollo de un movimiento socialista estaban desapareciendo, alentando así sus posibilidades en el lapso de una generación. Sombart, Werner, "¿Por qué no hay socialismo en los Estados Unidos?", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, N°71, 1995, pp. 277-373

utilitarias. Norteamérica no había producido hasta entonces ningún gran filósofo y no se habían descubierto allí leyes científicas relevantes. En el campo de la teoría y la ciencia, afirmaba Justo, “los norte-americanos no han hecho, ni parecen por ahora ser capaces de hacer nada”.³¹ En este punto, su versión encontraba una zona de contacto con un diagnóstico extendido entre los ensayistas de la argentina finisecular, quienes vieron en los Estados Unidos el avance de una civilización materialista y vulgar, enfrentada por ellos a un conjunto de valores espirituales identificados con la cultura latina.³²

En segundo lugar, Justo vinculaba el atraso intelectual con el vigor que tenían en el país las religiones, que constituían “una verdadera monstruosidad” fuera de tiempo y de lugar. La influencia de la vida religiosa era presentada incluso como un obstáculo, “que ha llegado a neutralizar en gran parte la acción benéfica que los adelantos de la técnica industrial podrían haber ejercido sobre la inteligencia del pueblo”.³³ El sectarismo de los protestantes se había recrudecido con la llegada de los irlandeses católicos, produciendo enfrentamientos y divisiones entre “teorías igualmente

³¹ Justo, Juan B., “En Los Estados Unidos (14)”, *La Vanguardia*, octubre de 1895

³² Ibidem. Expresiones similares podían encontrarse en el ensayo de Quesada antes citado. Según propuso allí, “sociabilidades semejantes poco lugar dejan al tranquilo cultivo de las letras. [...] Por eso, en los Estados Unidos, a la par del portentoso desarrollo material, ha sido más lento el desenvolvimiento intelectual y recién ahora que su evolución histórica toca a su fin y todo tiende allí a normalizarse, principia a sacrificarse en los altares de Minerva”. Según Quesada, esta regla se aplicaba también en todos los “países nuevos”, y no debía asombrar por lo tanto “que las manifestaciones intelectuales sean relativamente escasas entre nosotros”. En dichos países, las letras sólo se manifestaban a través del periodismo y de aquello que con reservas Quesada caracterizaba como “diarismo”. Quesada, Ernesto, Op.cit. En este sentido, también la perspectiva de Quesada se distanciaba del tono general usado por los escritores como José Enrique Rodó y Rubén Darío, que imaginaban la oposición de la Argentina y los países de tradición Latina en oposición con los países sajones como Estados Unidos. Véase: Bruno, Paula, “Mamuts vs. Hidalgos. Lecturas de Paul Groussac sobre Estados Unidos y España en el *fin-de-siglo*”, en: Pita González, Alexandra y Carlos Marichal Salinas (coords.), *Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930*, Mexico, COLMEX, 2012. Véase también: Terán, Oscar, Op.Cit.; Cf. Quijada, Mónica, “Latinos y Anglosajones. El 98 en el fin de siglo sudamericano”, en, *Hispania*, LVII/2, núm. 196, 1997, pp. 551-588.

³³ “En Los Estados Unidos (14)”, *La Vanguardia*, octubre de 1895. Algunos años más tarde, en 1904, saliendo una prolongada internación por una depresión inhabilitante, Max Weber inició un viaje de cuatro meses a los Estados Unidos junto a su mujer Marianne y un pequeño grupo de alemanes –como Ernst Troelstch- que debían conferenciar en la Exposición Universal de St. Louis. Uno de los frutos de aquella experiencia fue la segunda parte del todavía inédito ensayo *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, en donde el sociólogo exploró las vinculaciones entre las sectas e iglesias protestantes norteamericanas, el capitalismo y la democracia. Weber había planeado un viaje similar unos cinco años antes que finalmente se frustró. Al parecer, una de las razones de su atracción provenía de un viaje similar realizado por su padre, en compañía del diplomático británico James Bryce. Bryce, por cierto, fue autor también de un libro muy difundido con sus impresiones, *The American Commonwealth*, en el que aparecía asimismo la imagen trastocada de la Norteamérica vista por Alexis de Tocqueville: lejos de aquella sociedad igualitaria, en los Estados Unidos ya no era extraña la pobreza, que tenía como contraparte la aparición de las grandes fortunas. Sobre el viaje de Max Weber pueden verse: Weber, Marianne, *Biografía de Max Weber*, Mexico, FCE, 1995; y Scaff, Lawrence, *Max Weber in America*, Princeton, Princeton University Press, 2012. Para la trayectoria de James Bryce, véase: Robbins, Keith, “History and Politics: The Career of James Bryce”, *Journal of Contemporary History*, Vol. 7, No. 3/4, 1972.

absurdas”. El horror que producía el fenómeno religioso en la sensibilidad iluminista del argentino parece obturar los caminos de su análisis, que encuentra allí un punto ciego. A los “fanáticos” y maniáticos” que participaban de las congregaciones o pretendían fundar nuevas religiones, Justo agregaba la sospecha de que también la hipocresía y el afán de lucro formaban parte del sostén de las creencias. Si la escuela se mantenía laica, las principales universidades estaban en cambio repletas de capillas, y hasta las reuniones científicas comenzaban con ceremonias religiosas:

El frangollo religioso lo invade todo. El Estado no tiene religión, pero casi no hay acto o documento oficial de importancia que no tenga invocaciones a la divinidad; casi no hay monumento, aún de los más modernos, que no esté afeado por inscripciones absurdas.³⁴

De ese modo, para el dirigente argentino, el atraso intelectual del pueblo norteamericano constituía el principal obstáculo para el arraigo de las ideas socialistas. A pesar del creciente antagonismo social registrado por él, el Partido Socialista no había alcanzado superar los 33.000 votos, y estaba conformado mayoritariamente por un pequeño grupo de extranjeros. La pobreza de la cosecha electoral de los socialistas se contrastaba además con los éxitos de un fenómeno que llamaba especialmente la atención de Justo: el populismo. Testigo de una campaña del líder populista William Jennings Bryan, la caracterización que realizó de aquella fuerza política coincide con las notas generales de su enfoque. Justo advirtió el clima de contrastes del Oeste agrícola que produjo al Partido Popular, y se detuvo en el análisis del programa que su convención estableció en 1892. Desde la crisis de 1893, los reclamos que las bases populistas de pequeños propietarios endeudados hacían en pos de la libre circulación de la plata habían llegado a su climax -Bryan se consagró como candidato demócrata en 1896, con su célebre discurso “La cruz de oro”-. Se trataba, a ojos del joven socialista, del último latido de una clase media en decadencia, pero su programa era inviable y su fuerza no tardaría en dispersarse. En el populismo se manifestaban las mistificaciones que identificaba con un evidente desfase entre la modernidad económica y el retroceso político y cultural. El populismo era también así un producto negativo de aquel modelo de desarrollo capitalista, otro síntoma de una sociedad desencajada de sí misma.³⁵

³⁴ Justo, Juan B. “En Los Estados Unidos (15)”, *La Vanguardia*, octubre de 1895.

³⁵ Según Jeremy Adelman, esa experiencia fue también significativa, utilizada como modelo negativo en las posteriores propuestas que Justo realizaría como dirigente del Partido Socialista. Véase: Adelman,

V

El diagnóstico elaborado por Justo en su viaje a los Estados Unidos se recorta así de un conjunto de imágenes circulantes que en los años del cambio de siglo hicieron de aquel país un caso testigo del cual obtener algunas claves para el desarrollo argentino. Como vimos, la preocupación principal del joven socialista consistió en caracterizar el modo en que la forma de capitalismo allí imperante condicionaba la naturaleza de los vínculos sociales y políticos. A diferencia de otras interpretaciones orientadas a caracterizar las instituciones políticas o la vida social en Norteamérica, Justo ensayó su explicación desde el marco de un rígido economicismo. Según su perspectiva, si en un comienzo la gloria y grandeza de las libertades públicas respondieron allí a la necesidad económica, la decadencia de las instituciones -visible desde el final de la Guerra Civil-, la corrupción, y el fraude imperantes en la vida política del fin de siglo estadounidense, eran a su vez la consecuencia del proceso de concentración del capital analizado por él. Desde aquella matriz suya, sin embargo, el pesimismo de Justo ratificaba las oscuras proyecciones que medio siglo antes hiciera de Tocqueville, y las más recientes comprobaciones de Bryce. La presencia de esos temas en su crónica lo distingue como a un observador perceptivo y sensible a las grandes transformaciones. En la década de 1890, los Estados Unidos estaban dejando de ser aquella sociedad de frontera en la que Paul Groussac creía advertir el definitivo triunfo del Oeste y la consolidación de un imperio de las medianías.³⁶

Jeremy, "Socialism and Democracy in Argentina in the Age of the Second International", *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 72, N.2, 1992, pp. 211-238. En sus primeros años de existencia, el Partido Socialista Obrero Argentino imaginaba para sí una base social compuesta mayoritaria y casi exclusivamente por la clase obrera urbana. Sólo tiempo después, la cuestión agraria comenzaría a reclamar la atención de los dirigentes. Más allá de las lecciones que pudiera haber obtenido en su viaje de 1895, fue su estancia de 3 años, a partir de 1899, en el partido bonaerense de Junin, la que le dió a Justo un conocimiento más acabado de los problemas específicos del campo argentino. Si hasta entonces la imagen que los socialistas tenían de él podía sintetizarse en la existencia de una clase de latifundistas parasitarios, a partir de 1901, el partido intentó conquistar un público de pequeños propietarios, arrendatarios y chacareros para incorporarlos a una coalición con los trabajadores urbanos. Tanto el diseño de esa virtual coalición como sujeto social como algunos aspectos del Programa Socialista del Campo tienen reminiscencias de la experiencia del populismo norteamericano, que para entonces ya había cumplido el destino de dispersión presagiado por Justo. Véase también: Graciano, Osvaldo, "El agro pampeano en los "clásicos" del socialismo argentino. Las propuestas hacia el campo de Juan B. Justo, 1894-1928", en Graciano, Osvaldo y Talía Gutierrez (dirs.), *El agro en cuestión: discursos, políticas y corporaciones en la Argentina: 1870-2000*, Buenos Aires, Prometeo, 2006.

³⁶ Groussac, Paul, *Del Plata al Niágara*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional/Colihue, 2006, pp. 359-375.

Lejos del viajero costumbrista y de la denuncia de la política exterior estadounidense -dos registros recurrentes en la literatura argentina dedicada a los Estados Unidos-, la matriz científicista acerca el ensayo de Justo a la búsqueda sociológica elaborada por Ernesto Quesada para explicar la crisis argentina. Sin embargo, Justo desconfiaba en su texto de la premisa que alentaba a este último a distinguir las leyes que explicaban el desarrollo de los países nuevos de las aplicadas en la historia europea. Justo consideraba en cambio que tanto los Estados Unidos como “las otras grandes naciones civilizadas” se sometían al ritmo de las mismas leyes: las leyes de la evolución económica. Si en Estados Unidos el movimiento socialista no había alcanzado todavía el nivel de organización ejemplar que exhibía en Alemania, la oscura perspectiva que el presente del país había ofrecido al atento viajero concluía sin embargo con una nota optimista: “Es muy posible, pues, que contra lo que haría suponer un examen superficial, los Estados Unidos sean pronto la nación más adelantada en la evolución social”.³⁷ En el cierre de su recorrido, entonces, Justo se permitió algunas proyecciones sobre las posibilidades del desarrollo de un movimiento socialista en el país del Norte. Para él, los éxitos políticos del populismo no podrían ser duraderos, y una vez que las irreconciliables diferencias de clase se hicieran evidentes a los ojos de una masa de trabajadores que, a pesar tener concepciones “teológicas” y “metafísicas”, contaban con la virtud de estar bien instruidos, las ideas socialistas se esparcirían con rapidez. Es que Justo confiaba en la base que ofrecía a su doctrina el tipo de razón práctica que hacía del ciudadano estadounidense un enérgico participante de la vida política.³⁸

³⁷ Justo, Juan B., “En Los Estados Unidos (19)”, *La Vanguardia*, noviembre de 1895.

³⁸ Sobre estas concepciones de Justo véase también: Dotti, Jorge Eugenio, “Justo lector de *El Capital*”, *Las Vetas del texto*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2009.